

INFINITY BLADE



INFINITY BLADE

LA ESPADA INFINITA
EL DESPERTAR

BRANDON SANDERSON

Traducción de Eduardo Conde



Barcelona • Madrid • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • México D.F. • Miami • Montevideo • Santiago de Chile

Título original: *Infinity Blade: Awakening*

Traducción: Eduardo Conde

1.ª edición: julio 2013

© 2011 by Chair Entertainment Group, LLC

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-5361-9

Depósito legal: B. 15.075-2013

Impreso por Novagràfic, S.L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Prólogo

La muerte de Dios no significó tanto como para que cambiase la vida de la gente de Drem's Maw. De hecho, la mayoría no supo que su deidad había caído.

Sin embargo, aquellos que sí lo supieron sacaron provecho.

—No hay nada en absoluto de qué preocuparse —dijo Weallix, alzando las manos mientras se ponía de pie en una plataforma improvisada sobre dos carros. De un lado, estaba flanqueado por un daeril, una criatura descomunal que solo superficialmente se parecía a un hombre. Había muchas clases de daerils, pero este tenía una piel violeta oscura y brazos tan gruesos como troncos de árbol.

—Siempre me pagasteis los impuestos, y siempre los he entregado —continuó Weallix, dirigiéndose a la multitud—. Ahora voy a quedármelos y seré vuestro señor. Para vosotros, será más conveniente tener un líder local.

—¿Y qué hay del Rey Dios? —preguntó una voz procedente de la nerviosa muchedumbre. Las cosas habían sido siempre iguales durante siglos en Drem's Maw. Trabajaban sin descanso para cumplir con la cuota y eran ame-

nazados por los recaudadores de impuestos para que entregasen casi todo lo que tenían.

—El Rey Dios no tiene queja alguna en relación con este arreglo —dijo Weallix.

La multitud protestó, pero ¿qué otra cosa podían hacer? Weallix tenía daerils y soldados, y, se suponía, contaba con la bendición del Rey Dios.

Un forastero se adelantó hasta el borde de la multitud. Había humedad en el aire y un olor a minerales. Drem's Maw había sido construido dentro de una enorme caverna. Tenía una entrada amplia en forma de boca sonriente, unos cien metros delante, y miles de estalactitas colgaban del techo; muchas eran tan gruesas que tres hombres cogidos de las manos no podrían rodearlas por completo.

Sin embargo, apenas quedaban vestigios de muchas de las gigantescas formaciones rocosas. Cien enormes cadenas colgaban del techo de la caverna, con los extremos atornillados a la piedra. Los hombres trepaban por esas cadenas cada día y se ataban con arneses al techo, de donde extraían los minerales preciosos que el Rey Dios exigía.

La ubicación de las construcciones en el pueblo cambiaba mes a mes, dejando libre la zona donde los mineros trabajaban. Más aún, la mayoría de la gente —hombres, mujeres y niños— llevaban un casco para protegerse de los fragmentos de roca que caían.

—¿Por qué ahora? —gritó uno de los más valientes—. ¿Por qué nos hacen tener un señor local, cuando antes siempre hemos sido capaces de elegir a nuestros propios líderes?

—¡El Rey Dios no necesita explicarte sus designios! —aulló Weallix. En lugar de un casco, llevaba su gorro de recaudador y un suntuoso traje de terciopelo violeta y verde.

La gente del pueblo guardó silencio. Desobedecer al Rey Dios significaba la muerte. Muchos ni siquiera se atrevían a preguntar.

El forastero caminó alrededor de la multitud, pasando entre las cadenas colgantes de gruesos y negros eslabones. Algunas personas lo miraron, tratando de verle el rostro, oculto en el fondo de su profunda capucha. La mayoría se apartaba, suponiendo que era uno de los que habían llegado con Weallix. Le abrían paso, mientras él se dirigía hacia el centro del gentío, donde el recaudador continuaba explicando las nuevas reglas del pueblo.

El forastero no tuvo que avanzar a empujones ni empujar; la multitud no estaba tan apretujada como para hacerlo. Pasó delante de una de las gruesas cadenas y titubeó, aferrándose a ella con una mano.

Esa cadena tenía atadas cintas azules, remanentes del festival que allí se había celebrado una semana atrás. Pétalos de flores —ahora marchitas— todavía se escondían entre las grietas y los rincones. Algunas de las construcciones, incluso, se habían pintado de nuevo. Todo para la Celebración del Sacrificio, un día que solo ocurría una vez cada dos décadas.

—... Así que, por supuesto, nadie puede discutir mi autoridad —dijo Weallix. Y dirigiéndose hacia el hombre que antes lo había cuestionado, añadió—: ¿Te queda claro?

—Sí..., sí, mi señor —respondió el hombre, encogiéndose.

—Excelente —dijo Weallix—. Recibirás tu merecido y proseguiremos con nuestro festejo, entonces.

—Pero, ¡mi señor! —exclamó el hombre—. Yo...

—De modo que vuelves a cuestionarme —lo interrumpió Weallix bruscamente—. Lo pagarás. No debes olvidar a quién perteneces.

Los daerils empezaron a descender sobre la gente. Había toda una variedad de esos monstruos inhumanos, que se diferenciaban por la piel, la forma y el color; algunos tenían zarpas, otros, ojos ardientes. Avanzaron a empujones, arrancándoles las muchachas a sus familias, incluida la hija de quien había hablado.

—¡No! —gritó el hombre, tratando de apartar a los daerils—. ¡Por favor, no!

Un daeril, agazapado como un lobo, con bultos descarnados en la piel y un rostro que parecía quemado, silbó y luego alzó su espada dejándola caer sobre el hombre.

En la caverna se oyó un sonido metálico.

El forastero, de pie, con el brazo extendido, frenó con su espada el ataque del daeril.

La multitud, los daerils y Weallix parecieron todos ver por primera vez al forastero. La gente se apartó de él formando un círculo.

Luego vieron la espada.

Esa espada. Larga y fina en los costados, con una serie de tres agujeros en el centro... todo un símbolo que cualquier niño de la tierra había aprendido a reconocer. Un símbolo de poder, autoridad y mando.

Era la propia espada del Rey Dios.

El daeril estaba tan sorprendido que nada pudo hacer

salvo quedarse boquiabierto cuando el forastero hizo girar el arma y le atravesó la garganta.

En un abrir y cerrar de ojos, liberó la espada y se lanzó hacia delante, arrastrando su capa tras él. Se agarró a una cadena, moviéndose con seguridad, y se balanceó. Alcanzó así a un par de daerils que arrastraban a una joven hacia la plataforma.

Los dos cayeron fácilmente. Aquellos no eran los campeones del palacio del Rey Dios, sino simples brutos. El forastero los dejó gorgoteando en su propia sangre.

Weallix comenzó a llamar a gritos a sus soldados. Rugió y despotricó, señalándolo. Luego se detuvo y tropezó hacia atrás cuando el forastero se agarró de una cadena para impulsarse hacia delante, balanceándose hasta aterrizar de un porrazo sobre los carros. El daeril de piel violeta dio un golpe con una maza voluminosa, pero el arma del Rey Dios —la Espada Infinita— resplandeció en el aire. El daeril miró desconcertado el trozo de maza que le había quedado. Su cabeza golpeó sordamente contra el suelo del carro. Un momento después, la siguió el cuerpo del daeril.

Weallix intentó saltar del carro, pero cayó de rodillas cuando el vehículo se sacudió. Al levantarse, descubrió el filo de la espada cerca de su cuello.

—Haz que se detengan —ordenó el forastero en voz baja.

—¡Daerils! —gritó Weallix—. ¡Soltad a la gente y retroceded! ¡Retroceded!

La capucha del forastero había caído hacia atrás, revelando un yelmo plateado que le cubría el rostro. Esperó a que los monstruos retrocedieran hasta el borde de la mul-

titud. Luego levantó la espada —de la que goteaba la sangre de los daerils que había derribado— y señaló hacia la entrada del pueblo en forma de boca.

—Vete. No vuelvas más.

Weallix obedeció y se cayó al suelo cuando bajaba del carro, luego se precipitó a toda carrera fuera de la caverna, con sus daerils tropezando a su alrededor.

La gruta quedó en silencio. El forastero finalmente se enderezó y se quitó el yelmo, exponiendo su cabello castaño claro y su rostro juvenil. Siris. El Sacrificio. El hombre que había sido enviado a morir.

—He vuelto —le dijo a la gente del pueblo.

—No estaba previsto que ganase —susurró el Maestro Renn.

Siris podía oírlos hablar en el otro cuarto de la choza de Renn. Estaba sentado en silencio, sosteniendo un pequeño cuenco de sopa en la mano. Berros del pantano, una sopa muy saludable. Una sopa de guerrero.

Sabía a agua de lavar platos.

—Bueno —dijo el Maestro Shanna—, no podemos exactamente culparlo, ¿o sí? Por estar vivo, quiero decir.

—Fue a pelear contra el Rey Dios —dijo el Maestro Hobb—. Nosotros lo enviamos a luchar contra el Rey Dios.

Y Siris había ido, al igual que su padre y que su abuelo. A lo largo de los siglos, habían sido enviados por docenas, siempre miembros de la misma familia. Una familia amparada, protegida y escondida por la gente de la tierra.

Lo habían llamado el Sacrificio. Era su manera de contraatacar. El único modo. Vivían bajo el opresivo pulgar del Rey Dios. Le pagaban tributo con casi todo lo que tenían, sufrían la brutalidad de hombres como Weallix,